

**NUEVAS MIRADAS
SOBRE LA GUERRA CIVIL**

Hugo García (coord.)

Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939

FRANCISCO COBO ROMERO y TERESA MARÍA ORTEGA LÓPEZ
Universidad de Granada

1. LA «DECONSTRUCCIÓN» LINGÜÍSTICA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

DESDE el instante mismo de su comienzo, la Guerra Civil española se convirtió en una despiadada confrontación de ideales. En medio de sus rigores, la «guerra de ideas» avivada por la contienda contribuyó eficazmente a dotar de coherencia a las multiformes tradiciones culturales e ideológicas en pugna, y a los lenguajes políticos diferenciados que se disputaban la hegemonía en el seno de las retaguardias «nacionalista» y «republicana». En el interior de la denominada España «nacionalista», el conglomerado de grupos sociales y formaciones ideológicas o partidistas asociado por una común animadversión contra el régimen democrático republicano fue destilando, a partir de los primeros meses del conflicto civil, toda una serie de balbucientes construcciones teóricas e interpretativas que trataban de explicar las raíces y la naturaleza del enfrentamiento. Éstas ayudaron eficazmente al difícil propósito de la definición de los integrantes de aquel complejo agregado social, al tiempo que coadyuvaron al no menos embarazoso logro de la cohesión interna, a la homogeneización discursiva de sus propuestas autoritarias, ultracatólicas, antirrepublicanas o antiizquierdistas y, por último, a suscitar una vasta gama de energías movilizadoras entre una amalgama amplia y diversificada de individuos. Las mencionadas construcciones se hallaban, en un principio, combinadas con elementos discursivos a veces inconexos, y componentes culturales y simbólicos provenientes de las más acendradas

¹ Acerca del dilatado proceso de sedimentación de los discursos del nacionalismo español de corte regeneracionista, antiliberal, autoritario, de orden y vitalista, véanse las decisivas aportaciones de Ismael Saz Campos, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, págs. 77-99 y 105-155.

tradiciones de la derecha antiliberal y antiparlamentaria¹. Pero fue con el transcurrir de la guerra cómo, azuzados por el clima generalizado de terror y violencia que se adueñó de ambas retaguardias, casi todos aquellos componentes y elementos devinieron en una suerte de pensamiento esencialista, que acabaría vertebrando la ideología legitimadora del Nuevo Estado franquista aún en ciernes.

La importancia crucial de la construcción histórica de los discursos políticos antidemocráticos y la naturaleza determinante de las representaciones mentales que envolvieron los mensajes propagandísticos de aquella derecha fascistizada, convertida ulteriormente en hegemónica en la retaguardia controlada por las tropas rebeldes, se comprende mucho mejor desde el empleo de una perspectiva de indagación de carácter «culturalista» o «postsocial». En consecuencia, correríamos un grave riesgo de incompreensión acerca de los móviles que condujeron los actos y las decisiones de los protagonistas individuales y colectivos de esta historia si dejaráramos de prestar atención al modo único con que tales actores interiorizaron sus vivencias. Pues parece ampliamente aceptado que las representaciones mentales y simbólicas del mundo y la realidad tienen un papel determinante en el complejo proceso de la modelación de los comportamientos y la elección particularizada de las decisiones². Todo lo anterior nos conduce a tener muy presente que la subjetividad reguladora del proceso de gestación de todo tipo de decisiones individuales se encuentra, asimismo, reglamentada por un complejo sistema de valores y percepciones culturales socialmente edificado, que se expresa en cada período histórico revestido de una específica formulación «discursiva» y «lingüística». El estudio del *imaginario social* y de su plasmación discursiva o, si se quiere, del lenguaje y su importancia tanto en la instancia política como en la concepción y articulación misma de la realidad social, se ha convertido, para historiadores como Keith M. Baker, Patrick Joyce, Mary Poovey, Joan W. Scott, William H. Sewell, Gabrielle M. Spiegel o James Vernon, entre otros, en el epicentro de la investigación histórica³. El lenguaje no debe entenderse, según los parti-

Consúltense asimismo Pedro Carlos González Cuevas, *Acción española. Teología política y nacionalismo autoritario en España, 1913-1936*, Madrid, Tecnos, 1998, págs. 78-96; y del mismo autor, *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, págs. 241-247.

² Al respecto consúltense Hayden White, «Afterword», en Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture*, Berkeley, University of California Press, 1999, págs. 319-324.

³ Cfr. Keith Michael Baker y cols., *The French Revolution and the creation of modern political culture*, 4 vols., Oxford, Nueva York, Pergamon Press, 1987-1994 y Pa-

darios de esta corriente historiográfica, como un medio de comunicación, sino como el entramado sistematizado y secuencial, a la vez que contradictorio, cambiante y débilmente coherente, de conceptos y «signos semióticamente interpretables» a través de los cuales se organiza significativamente la realidad misma⁴. En consecuencia, todo discurso contiene una determinada concepción de la sociedad, o *imaginario social*, que opera a través de una secuencia de «protocolos conceptuales de percepción de la realidad» o mediante la gestación de patrones normativos que condicionan la práctica de los individuos⁵. La interiorización que de la realidad hace el individuo en su mutua interacción con los demás⁶ se torna fundamental, pues, para entender su aproximación o alejamiento, por ejemplo, con respecto a un movimiento socio-político, a un proyecto de acción o a una violenta reacción contrarrevolucionaria. Quede claro, pues, que a nuestro juicio cada generación de actores comparte una reglada y persistente sistematización de creencias y valores, un sistema de signos que utiliza para «referenciar» e «interpretar el mundo», dotado de una poderosa funcionalidad estructurante del imaginario, y del que los sujetos se sirven para dar sentido a su propia percepción de la realidad u obtener respuestas en la búsqueda de explicaciones acerca de «su mundo»⁷. Todo ello ad-

trick Joyce (ed.), *The social in question. New bearings in history and the social sciences*, Nueva York, Routledge, 2002. Véase también, Miguel Ángel Cabrera, «El debate postmoderno sobre el conocimiento histórico y su repercusión en España», *Historia Social*, 50 (2004), págs. 141-164, véanse las págs. 157-158.

⁴ Cfr. Gabrielle M. Spiegel, «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006), págs. 19-50, véanse las págs. 24-27.

⁵ Véanse al respecto las siguientes aportaciones, consideradas como algunas de las que mejor recogen las premisas teóricas de la historia postsocial: Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra-Universitat de Valencia, 2001, págs. 47-51; y «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial», *Ayer*, 51 (2003), págs. 201-224, véanse las págs. 210-212.

⁶ Acerca de lo social, y su «práctica», como el resultado del mutuo intercambio de información y experiencias que llevan a cabo los individuos en su particularizada interpretación de los componentes simbólicos y culturales a través de los que construyen «su» específica realidad, véase Andreas Reckwitz, «Toward a Theory of Social Practices. A development in culturalist theorizing», en Gabrielle M. Spiegel (ed.), *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Routledge, Nueva York y Londres, 2005, págs. 249-252.

⁷ En tal sentido, el análisis de las «prácticas» se torna esencial, entendidas aquéllas como la intersección en la que se conjugan de manera significativa las construcciones discursivas que interpretan la realidad y las iniciativas personales, dotadas de cierta autonomía aunque mediatizadas por un extenso conjunto de herramientas cognitivas y lingüísticas disponibles en cada situación. Cfr. Gabrielle M. Spiegel, «La historia de la práctica...», ob. cit., pág. 42 y William H. Sewell, Jr.,

quiere una especial significación si aceptamos la premisa de que los actores particulares y sociales ejecutan sus propias decisiones —e intervienen conscientemente en medio de un escenario histórico que les es dado— mediatizados por un espeso armazón de percepciones culturales, labradas por el constante flujo experimental de generaciones previas⁸. Lo que equivale a decir que actúan imbuidos de un denso entramado de recreaciones mentales altamente idealizadas de la realidad heredado del pasado, del que son, al mismo tiempo, hacedores y criaturas.

De todo lo anterior debe inferirse que cuantos se adhirieron activa y libremente, desde el ámbito de la retaguardia «nacionalista», a la defensa de una idea legitimadora progresivamente decantada de las nuevas formas dictatoriales y antidemocráticas que se pretendían imponer tras el aniquilamiento de la experiencia republicana, lo hicieron sometiéndose, consciente o inconscientemente, a toda una serie de idealizaciones que contenía una fuerte carga simbólica. Muchos de ellos asumieron, pues, la supuesta veracidad de todo un conglomerado de prejuicios y postulados «culturalmente» cimentados, que traducía de forma alegórica y figurada la realidad y el mundo circundantes, y facilitaba la gestación mental de una determinada imagen sublimada y mitificada del pasado. La adición de todos los trazos «discursivos» y «lingüísticos» que definieron esa «idealizada visión» del momento histórico que significó la Guerra Civil, se convirtió en un vigoroso instrumento de movilización política, un arma capaz de modular los pensamientos, las actitudes y los comportamientos de una extensa gama de actores individuales y colectivos, comprometida en una lucha encarnizada contra la experiencia democrática de la II República.

Desde luego, no existe expresión lingüística, discursiva, idealizadora o cultural desligada de la vivencia material y social de los actores sociales e individuales que la configuran y comparten, y que con ella dan significado a su existencia misma. Aunque no es menos cierto que la experimentación social de las conductas sólo se hace viable y perceptible a través de la decodificación, llevada a cabo en

«The Concept(s) of Culture», en Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the cultural turn...*, ob. cit., pág. 44.

⁸ Acerca de la autonomía de la agencia de representaciones simbólicas y construcciones lingüísticas de la realidad y su influencia determinante sobre la práctica social y las conductas, y por consiguiente, acerca de la existencia independiente de una práctica cultural encerrada en un complejo sistema de componentes semióticos y lingüísticos, véase William H. Sewell, Jr., «The Concept(s) of Culture», en Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the cultural turn...*, ob. cit., págs. 48-52.

todo momento por los sujetos en una permanente justificación de sus propias obras, de los lenguajes y las culturas interpretativas que envuelven significativamente la realidad y el mundo⁹. Estamos, pues, convencidos de que únicamente a través del estudio de los componentes lingüísticos y culturales de los discursos interpretativos de la realidad predominantes en cada etapa histórica puede alcanzar el historiador un verdadero conocimiento del modo en que los diferentes sujetos experimentaron figuradamente su propio mundo. Pues en cada momento ambos factores —lenguajes y culturas— se convierten en los únicos vehículos expresivos y significativos por los que, de manera inexcusable, discurre la acción de los individuos en toda sociedad históricamente configurada.

Los apasionados enfrentamientos políticos y partidistas vividos en la España de los años treinta, y el clima de terror y odio que se adueñó de la vida colectiva al inicio de la Guerra Civil, contribuyeron a que los lenguajes políticos, periodísticos y propagandísticos más empleados y difundidos comenzasen a revestirse de un uso reiterado de interpretaciones, casi siempre cuajadas de prejuicios ideológicos y recreaciones figuradas. La narración periodística, la soflama, el pasquín y la transmisión de la noticia a través de muy diversos canales terminaron sobrecargándose de elementos idealizadores, visiones alegóricas, construcciones culturales y signos lingüísticos específicos, con capacidad plena para convertirse en me-

⁹ Sobre el papel del lenguaje y los significados en la construcción cultural de la realidad, así como sobre la necesidad de prestar atención a la estructura lingüística de los textos históricos, y la aparejada aseveración acerca del carácter «cultural» de cualquier testimonio escrito sobre el pasado, véase Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989; Peter Burke y Roy Porter (eds.), *The social history of language*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 1987; Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992; Roger Chartier, «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», en *Historia Social*, 17, 1993, págs. 97-104; Alicia Alted Vigil, «De la historia de la cultura a una historia socio-cultural de la España contemporánea», en René Rémond y cols., *Hacer la historia del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, págs. 358-376 y Jean-François Sirinelli, «La historia cultural en Francia», en René Rémond y cols., *Hacer la historia...*, ob. cit., págs. 351-357. Una interpretación comprensiva en torno a la revisión crítica a que han sido sometidos los tradicionales presupuestos teóricos sobre los que se instalaba la investigación historiográfica, a la vez que centrada en el análisis del surgimiento de nuevos paradigmas interpretativos o de innovadoras formas de entender el funcionamiento de la sociedad, y explicar la conciencia de los individuos y el papel de los lenguajes en la construcción idealizada de la realidad y el mundo por parte de los sujetos, puede hallarse en Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría...*, ob. cit.; y más recientemente en Justo Serna y Anacleto Pons, *La Historia Cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2005, págs. 173-189.

canismos cinceladores de una visión del mundo deforme y estereotipada. En una y otra retaguardia, los medios propagandísticos y los conductos habituales de comunicación, sometidos a la difusión de consignas partidistas o proclamas oficialistas, redoblaron la función de «dramatizada recreación del acontecimiento» que por entonces comenzaban a desempeñar las más variopintas narraciones «noticiadas» de lo sucedido. La exageración de las atrocidades cometidas en el campo enemigo y la exacerbada deshumanización a la que eran condenados los representantes del bando contrario condujo a la desfiguración de la realidad misma. Todo el proceso de fabricación de la noticia y transmisión de la información se vio, así, arrastrado hacia una dimensión atroz y agigantada, en tanto que inmersa en una permanente dramatización de lo cotidiano, e instalada sobre la sistemática y grotesca distorsión de las experiencias vitales acontecidas en uno y otro bando. En medio de tal proceso de deconstrucción de la realidad surgió una nueva y dual idealización de la naturaleza «épica» de la contienda, que trataba de legitimar el embrionario modelo de organización social y ordenamiento político que comenzaba a edificarse en cada una de las retaguardias¹⁰. Pues con todo ello se perseguía, sobre todo, excitar las energías individuales para dirigirlas hacia una adhesión apasionada, ritualizada, mítica y emotiva a los ideales exaltados en cada zona¹¹. Así pues, las visiones idealizadas de la Guerra Civil que proliferaron en las dos retaguardias se instalaron sobre una amalgama de ideas-fuerza que, pese a estar respaldadas por una difusa aglomeración de tradiciones culturales y lenguajes políticos previos, comenzaban a lograr su auténtica expresión en los embates forjadores del enfrentamiento militar.

¹⁰ Véase la muy sugerente interpretación que elabora Michael Richards sobre el intento por «modelar las identidades nacionales» que subyace en las expresiones simbolizadas, y enfrentadas, sobre las que se sustenta la mayor parte de las guerras civiles europeas del siglo xx. Cfr. Michael Richards, «El régimen de Franco y la política de memoria de la guerra civil española», en Julio Aróstegui y François Godicheau, *Guerra Civil. Mito y Memoria*, Madrid, Marcial Pons y Casa de Velázquez, 2006, págs. 167-200, véanse las págs. 167 y 172-173.

¹¹ Cfr. Xosé-Manoel Núñez Seixas, «Nations in arms against the invader: on nationalist discourses during the Spanish civil war», en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, págs. 45-67, especialmente las págs. 47-60.

2. LOS COMPONENTES SEMÁNTICOS Y LINGÜÍSTICOS DEL DISCURSO ANTIIZQUIERDISTA EN LA RETAGUARDIA REBELDE ANDALUZA

La Guerra Civil, el período histórico en el que se resolvieron de forma violenta las agudas tensiones sociales generadas por la fractura social, política y cultural que experimentó la mayor parte de las comarcas andaluzas durante el primer tercio del siglo XX, constituyó, en consecuencia, un lapso temporal decisivo y especialmente turbulento que, sin lugar a dudas, empujó a la mayoría de la población a tomar partido por alguna de las sensibilidades políticas e ideológicas que se vieron enfrentadas. La coyuntura de confrontación bélica del período 1936-1939 contribuyó a simplificar, y aun a sistematizar de forma inteligible, los discursos ideológicos sostenidos por los dos bandos. Desde la nueva «España nacionalista», la mixtura de lenguajes políticos exaltadores de una violencia contra quienes supuestamente encarnaban los valores extranjerizantes que amenazaban la integridad de los fundamentos de la raza, el patriotismo españolista y el catolicismo más conservador, fue destilada en favor de un nuevo discurso unificador. Los elementos simbólicos de éste erigían a los combatientes contra el régimen de la II República en los auténticos adalides de una empresa histórica de dimensiones épicas, empeñada en el completo exterminio de los enemigos de España y en el asentamiento de las bases culturales, místicas y políticas sobre las que se emplazaría la definitiva «regeneración de la raza hispana»¹². Los sangrientos enfrentamientos del período bélico predispusieron a los componentes de amplios segmentos de las clases populares, junto a las clases medias del campo y la ciudad, a adoptar actitudes políticas violentamente contrapuestas. El clima de violencia, terror y muerte que se adueñó de ambas retaguardias exacerbó, hasta un extremo inconcebible, las pasiones políticas y sus formas de ebullición más emotivas.

En la retaguardia «nacionalista», que es la que aquí nos interesa, las ideas-fuerza o ideas-eje a las que anteriormente aludimos expe-

¹² La mencionada recreación compartía algunos de los componentes palingénicos del fascismo de entreguerras. Las cuestiones referidas al *corazón mítico* del «fascismo genérico», y el componente palingénico de su discurso rupturista y antidemocrático, pueden ser consultadas en Roger Griffin, *The nature of fascism*, Routledge, London and New York, 1993, y más recientemente «The Primacy of Culture: the Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies», *Journal of Contemporary History*, 37 (I) (2002), págs. 21-43, especialmente las páginas 37-43.

rimentaron un proceso acelerado de decantación y estilización en el transcurso del conflicto civil. Acabaron convertidas en los auténticos mástiles del discurso «legitimador» de la guerra, sobre los que se desplegó el variopinto velamen de los lenguajes y discursos antidemocráticos y antirrepublicanos que venían siendo empleados por la derecha monárquica, fascistizada y antiliberal desde, al menos, los albores de los años 30. Durante la guerra, tales ideas-eje se vieron súbitamente aupadas por la atmósfera de desatados odios cainitas que arrasó ambas retaguardias, alcanzando su más depurada expresión al sentirse espoleadas por el vendaval de trágicos y gravísimos sucesos que sobrecogió al país entero. En medio de un contexto de violencia, terror y muerte generalizados, las ideas que sostuvieron el discurso dominante en el bando rebelde se condensaron en una disquisición figurada y ensalzadora de la Guerra Civil misma, hasta concebir la contienda como el embate supremo que habría de exterminar al monstruoso enemigo —la anti-España— que venía cerniéndose amenazador sobre la Nación, dando así paso a un nuevo orden político post-liberal y post-parlamentario anclado en una vitalizadora refundación de la Patria. Para el discurso «nacionalista» y ultracatólico empleado con frecuencia cada vez mayor por los rebeldes, las izquierdas eran las únicas culpables de tan trágico enfrentamiento. Se las reputaba como las portadoras de cuantas perversidades, flaquezas y defectos repugnantes habían ocasionado el imparable deterioro de la salud patria, y el inadmisibles envilecimiento del más íntimo sentimiento nacional. Renacía, pues, intensamente fortalecido, un discurso antiizquierdista, ultranacionalista y palingenésico que conoció una arrolladora y profusa divulgación¹³.

El discurso antiizquierdista, antidemocrático y antiparlamentario que se fue construyendo desde la España «nacionalista» en el transcurso de los años treinta, pero sobre todo a lo largo de los años del conflicto militar, se basó en la permanente descalificación de las

¹³ La descalificación del ideario comunista y la revolución soviética, así como la identificación del comunismo con un peligrosísimo contubernio de carácter y alcance internacionales, ya estaban presentes en los planteamientos antiizquierdistas elaborados por la derecha antiliberal y antiparlamentaria española de los años treinta. Al respecto véase Rafael Cruz, «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia Soviética y la acción colectiva en España», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, págs. 273-303. Consúltese asimismo Hugo García, «Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», en *Historia Social*, 51, 2005, págs. 3-20.

ideologías obreristas, republicanas e incluso liberales que habían conocido un rápido proceso de solidificación durante la corta andadura del régimen republicano, aun cuando se manifestase con una particular inquina en contra de las doctrinas izquierdistas del marxismo (comunista o socialista) y el anarquismo. A todas se las comparaba con poderosas e imaginarias fuerzas que maquinaban de manera ruin y conspirativa contra el esencialismo hispanista más hondamente asentado sobre las tradiciones del catolicismo, el patriotismo, la jerarquía o la defensa de la raza. A todas se las identificaba como portadoras de confusas propuestas organizativas, respaldadas por heteróclitos y «espurios» colectivos sociales que agrupaban a todos aquellos individuos menos instruidos o más desarraigados, y por ello mismo sustancialmente propensos a la acción mezquina y egoísta, o a la defensa insolidaria de sus intereses en perjuicio de la unidad patria, el prestigio nacional o el bien común. De acuerdo con tales consignas, las izquierdas y el republicanismo democrático serían la encarnación de la Anti-España. Y, por consiguiente, las organizaciones políticas y sindicales representativas de los sectores populares, los jornaleros, los asalariados y buena parte de las clases medias del nacionalismo periférico se convertirían en los vehículos a través de los que se propagaban todos aquellos agentes nocivos más profundamente enemistados, contrarios o desafiantes hacia la tradición católica y el sentimiento patriótico inspiradores de la esencia hispana¹⁴.

Pero para muchos testimonios ofrecidos por la prensa derechista, y para la multitud de relatos nacidos de las experiencias personales vividas en la retaguardia «nacionalista» por algunos pseudo-literatos y propagandistas afines al bando rebelde, las izquierdas obedecerían asimismo a los dictados egoístas, expansionistas o colonizadores de las potencias extranjeras. Y muy especialmente a los deseos de implantación de un régimen comunista en España, supuestamente concebidos por la Unión Soviética¹⁵. Como señalaba en tono vehemente un inflamado editorial del periódico granadino *Ideal*:

[...] La lucha actual, como hemos repetido muchas veces y en el extranjero se reconoce, no es un movimiento de carácter político, ni muchísimo menos un golpe militar, sino el gesto de todo un pueblo que, consciente de sus destinos y volviendo la vista a las pá-

¹⁴ Cfr. «Contra quiénes luchamos», *Ideal*, 5-VIII-1936. Véase asimismo *La contra-revolución*, por Álvaro Alcalá Galiano, en *ABC de Sevilla*, 12-II-1936.

¹⁵ Cfr. *ABC de Sevilla*, 9-IX-1936.

ginas de su historia trenzada con gestas internacionales, se ha puesto en pie para cerrar el paso a los avances soviéticos y aniquilar a unas hordas que, debidamente armadas y protegidas por gobernantes traidores, trataban de instaurar en España la segunda de las repúblicas soviéticas [...]»¹⁶.

En una secuencia prolongada de descalificaciones vertidas contra las izquierdas, acusadas ahora del irreprimible deterioro de la nación hispana, los integrantes de la militancia izquierdista, comúnmente conocidos como «los marxistas», la «barbarie comunista», las «hordas marxistas asesinas», «los bárbaros asiáticos» y un largo etcétera, reunirían los más abominables defectos. Se establecía, así, que las personas que hiciesen causa común con todos ellos se convertirían indefectiblemente en seres ruines, asesinos, viles, materialistas, ateos, depravados, inmorales, incultos, analfabetos, egoístas, anti-españoles y cobardes¹⁷. Por mor de tales elucubraciones de raíz fundamentalmente cultural e ideológica, la Guerra Civil se convertía en el suceso histórico inevitable que habría de devolver a la Nación Española su amenazada independencia y la grandeza ancestral violentamente usurpada por la manifestación más extrema del revolucionarismo izquierdista¹⁸.

En una sucinta enumeración de los principales componentes del discurso antiizquierdista, señalaremos primeramente cómo, en casi toda la literatura asociada a la descripción de los acontecimientos sucedidos en las localidades de la retaguardia republicana hasta su ocupación por las tropas rebeldes, se registró una desfigurada descripción de las transformaciones socio-económicas con las que aquéllas fueron perturbadas. En muchos casos se concluía que el conjunto de tales cambios revolucionarios había significado, ante todo, una aborrecible y caricaturesca imitación de las formas de organización social y planificación económica centralizada propias del comunismo soviético. Por consiguiente, en la mayoría de las ocasiones se daba una definición pueril, histriónica, deformada y satírica del régimen político mencionado, pretendiendo imputar a los órganos locales del Frente Popular y a las milicias izquierdistas la responsabilidad de la implantación de modelos de estructuración

¹⁶ Cfr. «El destino de España», *Ideal*, 9-VIII-1936.

¹⁷ Cfr. Bonifacio Soria Marco, *Cruzada Nacionalista. Memorias de guerra de un Vanguardista de «Españoles Patriotas» en el frente de Granada*, Granada, Editorial Urania, 1937, págs. 187-191.

¹⁸ Véase «La patriótica alocución del general Franco al iniciar el movimiento», en *ABC de Sevilla*, 23-VII-1936.

política y ordenamiento social que significaban un mero calco de las propuestas soviéticas¹⁹.

Para la corriente de pensamiento y los lenguajes políticos que comenzaron a convertirse en dominantes en el seno de la retaguardia «nacionalista», la dominación de las izquierdas sobre los territorios «leales» significó, en segundo lugar, una penosa profundización en el acelerado proceso de degradación moral y ruina nacional en el que había ingresado la nación española desde, al menos, la proclamación del régimen democrático de la II República. En consonancia con esto último, la «dominación roja» sobre aquellos territorios que no habían sido prontamente «liberados» permitió la entronización de toda una amalgama de valores pervertidos y comportamientos antipatrióticos en el seno de los órganos de administración local y en las instituciones municipales. Estos valores y comportamientos se hallaban teñidos por la ruindad, la avaricia y el materialismo de sus protagonistas, a quienes se responsabilizaba de la más profunda de las degradaciones posibles de la vida social, espiritual y cultural²⁰. En multitud de ocasiones, la prensa derechista refería desde la retaguardia «nacionalista» sucesos relacionados con la extorsión, el latrocinio, la destrucción de la vida económica local y el sistemático saqueo de sus recursos en beneficio de los dirigentes de los órganos del poder popular, los sindicatos, los partidos de izquierda o los comités populares y las milicias gubernamentales. Indefectiblemente, todo este cúmulo de expresiones de transformación revolucionaria se asociaba con una aberrante exégesis de las mismas. Esta última interpretación se lograba vinculando todas las transformaciones citadas con la implantación de un régimen excepcionalmente caótico e inmoral en aquellas localidades que habían permanecido «secuestradas» bajo la tiranía de las izquierdas y sus «cabecillas», caracterizados como simples malhechores o facinerosos consumados²¹.

Otra de las más importantes expresiones del supuesto carácter degenerado de las izquierdas fue el «furibundo anticlericalismo» que se desató en todas y cada una de las poblaciones que «permanecieron bajo el dominio de los poderes marxistas». Para el discurso y los lenguajes políticos que se fueron vertebrando en la Es-

¹⁹ Cfr. «Viviendo cuarenta días de comunismo rojo en Palma del Río», *ABC de Sevilla*, 16-IX-1936.

²⁰ Cfr. «En el frente Sur de Andalucía. En Ronda ondea la bandera española», *ABC de Sevilla*, 20-IX-1936.

²¹ Cfr. «En Montefrío se estableció el régimen soviético», *Ideal*, 31-VII-1936.

paña «nacionalista», las izquierdas en su conjunto fueron las exclusivas responsables de las más variadas escenificaciones de iconoclastia, sacrofobia y odio hacia lo sagrado que se difundieron, como reguero de pólvora, a lo largo del verano de 1936. Resulta interesante destacar cómo la inmensa mayoría de los reportajes periodísticos difundidos en la retaguardia nacionalista andaluza acerca de los actos de violencia anticlerical colectiva y espontánea muestran a las organizaciones de la izquierda marxista y a los comités populares como los inductores casi únicos de tales sucesos. Esto pese a que, como ha mostrado de manera fehaciente la literatura especializada, la práctica totalidad de los actos de iconofobia, sacrofobia, destrucción de templos o profanación de imágenes sagradas no fue sino una postrera expresión de antisacramentalismo, espoleada por la reciente, y certera, atribución a la jerarquía eclesiástica, y a su estamento sacerdotal, de una enconada actitud de animadversión contra al régimen democrático de la II República. La violencia anticlerical debe entenderse como la expresión espontánea de un profundo deseo de arrasar el viejo orden, injusto y jerarquizado, que tradicionalmente habían respaldado la Iglesia católica y sus representantes. De ahí que, en multitud de ocasiones, se procediese a una acción destructiva y purificadora, imbuida de aquella mística percepción del fuego y la muerte que concebía a estas últimas como herramientas imprescindibles para la inauguración de una nueva era²². Junto a ello, la oleada de antirreligiosidad debe concebirse como una manifestación popular de odio anticatólico, tenuemente ligada al cúmulo de brotes periódicos de furia anti-sacerdotal y antirreligiosa que, desde la primera mitad del siglo XIX, venían siendo suscitados por las culturas laicizantes y antieclesíásticas del liberalismo y el republicanismo y, con posterioridad, del marxismo y el anarquismo²³. No cabe duda, pues, de que

²² Cfr. Mary Vincent, «“The keys of the kingdom”: religious violence in the Spanish civil war, July-August 1936», en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *The Splintering of Spain...*, ob. cit., págs. 68-89, especialmente las págs. 76-80.

²³ Al respecto consúltese Manuel Delgado, *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Barcelona, Humanidades, 1992 y «Anticlericalismo, espacio y poder. La destrucción de los rituales católicos, 1931-1939», en *Ayer*, 27, 1997 [Rafael Cruz (ed.), «El anticlericalismo»], págs. 149-180. Sobre la propagación de las culturas del anticlericalismo y el proceso de secularización de la vida social en la España contemporánea, así como sobre la influencia de ambos factores en las expresiones de iconofobia y furor antirreligioso de las primeras semanas de la Guerra Civil, véanse María Pilar Salomón Chéliz, *El anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002; Manuel Suárez Cortina, «Anticlericalismo,

la espontánea violencia antirreligiosa desatada en la retaguardia republicana se expresó de acuerdo con determinados patrones protocolarios y conductuales perfilados por la propia religiosidad, emulando así comportamientos ritualizados que habían sido largamente propagados por la Iglesia misma²⁴. Pese a todo, resultaba de un mayor efectismo propagandístico culpar a las izquierdas —que desde luego habían ido asumiendo progresivamente la mayor parte del legado antieclesiástico de los mentados lenguajes anticlericales— de las «atrocidades» del anticlericalismo «furibundo» desatado entre las poblaciones de la retaguardia «leal»²⁵.

En cuarto lugar, quizá lo más significativo en la construcción cultural del discurso españolista, tradicionalista, católico y patriótico de las derechas agrupadas en torno al bando militar rebelde fue la torva descripción de los sucesos revolucionarios que se adueñaron de la retaguardia republicana durante los primeros meses del conflicto civil. Nos referimos, entre otras cosas, a la premeditada exageración en el recuento de las víctimas de la violencia política desencadenada contra los derechistas en las zonas controladas por las milicias frentepopulistas y las columnas gubernamentales²⁶.

religión y política durante la Restauración», en Emilio La Parra López y Manuel Suárez Cortina (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, págs. 197-302; Julio de la Cueva Merino, «Si los curas y frailes supieran...». La violencia anticlerical», en Santos Juliá (dir.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, págs. 191-233 y «El anticlericalismo en la Segunda República y la Guerra Civil», en Emilio La Parra López y Manuel Suárez Cortina (eds.), *El anticlericalismo español...*, ob. cit., págs. 211-301.

²⁴ Cfr. Manuel Delgado, «Anticlericalismo, espacio y poder...», ob. cit.

²⁵ Cfr. «Los vecinos de Arjona recuerdan aún con horror los crímenes cometidos durante el dominio rojo», *Ideal*-Edición Jaén, 6-V-1939. Cfr. «La columna del comandante Buiza toma Cazalla. El odio a la religión», *ABC de Sevilla*, 15-VIII-1936.

²⁶ Los órganos propagandísticos del naciente Estado franquista debieron difundir una estimación a todas luces disparatada de las víctimas de la represión política contabilizadas en la retaguardia republicana, pues los informes oficiales de los gobiernos norteamericano, inglés y francés hablaban, hacia 1937, de unas 60.000 muertes en el área de Madrid, unas 30.000 en la de Valencia y unas 50.000 en la de Barcelona, lo que contabilizaría un total de 140.000 asesinatos por motivos políticos en tan sólo los primeros meses de la contienda. Cfr. H. Edward Knoblaugh, *Correspondent in Spain*, Londres y Nueva York, Sheed and Ward, 1937, págs. 75-76. Cfr. «Los crímenes cometidos en Castro del Río... Más de ciento cincuenta personas asesinadas», *ABC de Sevilla*, 1-X-1936. Lo cierto es que las rigurosas investigaciones llevadas a cabo por Francisco Moreno Gómez revelan únicamente la existencia de 79 víctimas derechistas, como consecuencia de las acciones represivas llevadas a cabo por los comités populares, en la mencionada localidad cordobesa de Castro del Río, durante el período en el que la población estuvo bajo su directo control. Cf. Francisco Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*, Madrid, Editorial Alpuerto, 1985, págs. 212-213. Véase asimismo «En el pueblo de Fuen-

Desde el comienzo del conflicto civil no cesaron de hacer acto de aparición en la prensa derechista las fabulaciones macabras acerca de los asesinatos cometidos por los extremistas de izquierda. Una particularidad que resulta aun más chocante si se consideran los simultáneos actos de exterminio masivo que, por aquellos mismos días, se estaban practicando en la retaguardia «nacionalista» contra los jornaleros más combativos y sindicalizados, así como contra los representantes de la izquierda y el republicanismo democrático²⁷. En innumerables ocasiones, las narraciones acerca de la violencia revolucionaria de «los marxistas» se regocijaban en la recreación de los más nimios y escabrosos detalles²⁸. Y en casi todas ellas se aplicaba a las secuencias descriptivas un molde interpretativo cuajado de estereotipos y construcciones culturales²⁹.

teobejuna se repiten los crímenes llevados a cabo por los marxistas, donde sembraron el terror», *ABC de Sevilla*, 7-X-1936. En esta última crónica periodística, se afirma que fueron más de ochenta las personas asesinadas por los miembros de los comités populares, mientras que los más rigurosos estudios han contabilizado únicamente 63. Por el contrario, una vez ocupada la población por las tropas rebeldes encuadradas en la columna comandada por Gómez Cobián, se practicó la ejecución de casi cuatrocientas personas. Cf. Francisco Moreno Gómez, *La Guerra Civil...*, ob. cit., págs. 438-443.

²⁷ Al respecto consúltense las siguientes obras de Francisco Espinosa Maestre, *La Guerra Civil en Huelva*, Huelva, Diputación Provincial, 1996; *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003 y *La justicia de Queipo. Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936: Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2006. Véase asimismo Francisco Cobo Romero, *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía. Conflictividad social, violencia política y represión franquista en el mundo rural andaluz, 1931-1950*, Granada, Editorial Universidad de Granada y Editorial Universidad de Córdoba, 2004. Un testimonio próximo a la cruenta represión practicada por el Ejército y los falangistas en la retaguardia «nacionalista» andaluza puede hallarse en Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *1 año con Queipo. Memorias de un nacionalista*, Buenos Aires, Ediciones Republicanas, [s.a.], págs. 103-105 y 107-111 (véase asimismo la reimpresión llevada a cabo por Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2005, págs. 146-150).

²⁸ Cfr. «Algunas personas fueron quemadas vivas por los rojos en Alcalá la Real», *Ideal*, 3-X-1936; «Baza vuelve a la vida tras el terror sufrido», 2-IV-1939; «Los vecinos de Arjona recuerdan aún con horror los crímenes cometidos durante el dominio rojo», *Ideal*-Edición Jaén, 6-V-1939; «Los marxistas destruyeron edificios y asesinaron a numerosas personas en Cádiar», *Ideal*, 5-VII-1939; *El crimen más espeluznante de Huéscar fue el martirio de una monja de 78 años*, 4-IV-1939; *En Martos cometieron los rojos más de quinientos asesinatos*, 6-IV-1939, y un largo etcétera. Cfr. asimismo «Enseñamiento de los rojos. Persecución sin cuartel a los elementos de derecha. Un matrimonio quemado vivo. Refinamientos del terror marxista», *ABC de Sevilla*, 3-VIII-1936. Véase también Ángel Gollonet Megías y José Morales López, *Rojo y Azul en Granada*, Granada, Librería Prieto, 1937, págs. 159-178.

²⁹ Cfr. «Guadix se ha salvado con el himno de la Falange», *Ideal*, 30-III-1939.

Por último, resultan muy reveladores los reportajes periodísticos en los que se reconstruían exageradamente las destrucciones causadas por «los marxistas» y se ensalzaba la gloriosa «liberación» de los pueblos y ciudades sometidos al dominio de las izquierdas. En todos se recurría a multitud de elementos descriptivos cargados de una densa recreación imaginaria y sublimada. Muchos de ellos respondían a un modelo de transmisión de noticias o acontecimientos que se fue modelando progresivamente en la retaguardia rebelde, y que recurría a una serie de aditamentos insustituibles de carácter cultural, imaginario y ritualizado. De esta manera se lograba una contraposición en cierto modo pueril pero sumamente efectista, basada en la confrontación de los atributos de cobardía, degradación moral y falta de humanidad sistemáticamente imputados a las izquierdas o «los marxistas», y la hondura de principios, la valentía o la intachable y excelsa conducta de las tropas franquistas³⁰.

3. LOS COMPONENTES SIMBÓLICOS Y SEMIÓTICOS DE LA IMAGEN ÉPICA Y MITIFICADA DE LA GUERRA CIVIL

Lo que denominaremos como «discurso legitimador» de la contienda, y del proceso de edificación del Nuevo Estado franquista que se operó en el transcurso de la Guerra Civil, se basó en la reutilización de una vasta amalgama de elementos lingüístico-culturales que estaban de alguna manera presentes en la tradición del nacionalismo integral, católico y reaccionario. En tal sentido, se sirvió del acervo del pensamiento y la tradición intelectual de raíz anti-modernista, reaccionaria, tradicionalista, autoritaria y antiliberal que se fue decantando desde las décadas finales del siglo XIX y las primeras del siglo XX³¹. Puede afirmarse por consiguiente, que tal discurso se sintió finalmente invadido por las corrientes culturales derechistas y anti-parlamentarias de rechazo a los fenómenos de extensión del derecho de sufragio, de representación democrática de los sectores populares, y de política de masas que habían sido impulsados por la corriente de politización, fragmentación y radicalización suscitada tras la conclusión de la Gran Guerra. Pero, por encima de todo, quedó desde muy pronto incardinado en otro de corte profundamente ul-

³⁰ Cfr. Bonifacio Soria Marco, *Cruzada Nacionalista. Memorias...*, ob. cit., páginas 145-147.

³¹ Cfr. Pedro Cerezo Galán, *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva y Universidad de Granada, 2003, págs. 633-642.

tracatólico y espiritualista, que defendía una reinterpretación tradicionalista y providencialista de la historia de España. La acentuación de las tensiones políticas y sociales previas al estallido del conflicto de 1936-1939, y la escenificación de las fracturas morales, culturales y políticas que se había producido con el estallido de la Guerra Civil actuaron como instrumentos depuradores en el seno del abigarrado conjunto de las derechas. La principal contribución de los fenómenos mencionados consistió en homogeneizar y decantar los lenguajes políticos empleados por la derecha antirrepublicana en aras de la legitimación del golpe de Estado que inició la contienda militar. En el transcurso de ésta, en la llamada retaguardia «nacionalista» se fue alcanzando una confusión casi deliberadamente generalizada entre los conceptos de Patria, Nación y Estado. Una tipificación que contribuyó a que comenzase a extenderse la interpretación de la Guerra Civil como un acontecimiento excepcional, en el que la Nación Española habría sido nuevamente llamada a cumplir su inveterada misión en medio de una encrucijada histórica de supremo interés. Nada más iniciarse la contienda, la «coalición reaccionaria» que apoyó el golpe militar estaba completamente persuadida de que la Patria era reclamada una vez más por la voluntad divina para escenificar el sacrosanto papel de difusora espiritual y universal del catolicismo que venía ejerciendo desde tiempos remotos³². No obstante, en un momento histórico de tanta trascendencia habían aparecido sobre el horizonte amenazadores enemigos que, por su esencia materialista y atea, trataban de obstaculizar esa supuesta predestinación de la Patria a continuar cumpliendo su papel evangelizador y catequizador ancestral³³. Según esta visión profundamente católica, tradicionalista y antiliberal que trataba de justificar el alzamiento militar rebelde contra el régimen republicano, el sistema político democrático de la II República habría significado la culminación, llevada hasta sus últimas e intolerables consecuencias, de un proceso de degeneración moral que había que atajar de manera ineludible³⁴.

³² Cfr. Eduardo González Calleja y Fredes Limón Nevado, *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil española*, Madrid, CSIC, 1988, págs. 31-45.

³³ Véase al respecto la *Carta Pastoral*: «Al Venerable Clero y amadísimos fieles de nuestra Archidiócesis y de las Diócesis a Nos encomendadas en administración Apostólica, con motivo de su liberación del yugo marxista», Boletín Oficial del Arzobispado de Granada [BOEAG], 1-IV-1939.

³⁴ Cfr. «Santiago y ¡Viva España!», *Ideal*, 26-VII-1936. Véase Antonio Gallego y Burín, «Discurso pronunciado en la plaza de toros de Granada ante los alumnos de la academia de Alféreces de Infantería, el día 12 de septiembre de 1937», en *Seis discursos y una conferencia*, Ganada, Talleres Tipográficos A. Márquez, 1937, págs. 23-37.

De acuerdo con la secuencia argumental descrita, para el «discurso legitimador» empleado por la «coalición reaccionaria» que tratamos de analizar, la Guerra Civil dejó de ser un enfrentamiento bélico simple y convencional contra un determinado enemigo, para convertirse en un acontecimiento trascendental en la historia reciente de España. En consonancia con esto último, se calificó a la contienda militar como un hito de dimensiones colosales y perspectivas transformadoras, donde las más puras raíces del esencialismo hispano estaban llamadas una vez más a una titánica labor de regeneración ética, anímica y mística³⁵. Lo que hicieron los propagandistas e ideólogos de la naciente España franquista no fue otra cosa que recuperar, aun cuando fragmentariamente y de manera inconexa en muchos casos, los componentes esenciales de parte del discurso regeneracionista, sutilmente autoritario o decididamente antiliberal de fines del siglo XIX y principios del siglo XX³⁶, aderezándolo con las ideas-eje de aquella versión fundamentalista y providencialista de la Historia de España que nutrirían posteriormente los idearios fascista-falangista y nacional-católico, y sobre los que se esculpiría la mayor parte del corpus ideológico del Nuevo Estado franquista. Para la interpretación providencialista y espiritualista mencionada, la Nación Española estuvo llamada desde tiempos inmemoriales a cumplir una función de difusión espiritual y propagación cristiana —tal y como señalábamos más arriba—, que alcanzó su expresión más pura y acabada con el descubrimiento de América y la labor evangelizadora consumada en el Nuevo Mundo³⁷. En consonancia con esta particular disquisición, la unidad política de España, lograda bajo la monarquía de los Reyes Católicos, hizo posible la condensación de los atributos raciales más esenciales, potenciando la capacidad promotora de su Imperio y dotando a la Nación de una personalidad específica, profundamente ascética, que la distinguiría del resto de las naciones europeas. La limpia trayectoria ascendente del Imperio español, y la decantación constante de

³⁵ Véase al respecto: «Cara a la Nueva España», por Juan Ignacio Luca de Tena, en *ABC de Sevilla*, 9-IX-1936; y «Discurso pronunciado por Pedro Sainz Rodríguez (Vicepresidente), en el transcurso del acto de Constitución del Instituto de España, celebrado en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 6 de enero de 1938», *ABC de Sevilla*, 7-I-1938.

³⁶ Véase Pedro Carlos González Cuevas, «La inflexión autoritaria del liberalismo español», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons, 2003, págs. 434-439 y 446-449. Consúltese Ismael Saz Campos, *España contra España...*, ob. cit., págs. 82-86.

³⁷ Véase «Luces y resplandores de la Guerra», *Ideal*, 4-X-1936.

su rectitud espiritual, se verían bruscamente interrumpidas con la llegada del liberalismo. Este sistema político era calificado de extranjerizante y ajeno a las esencias hispanas, pues habría provocado un profundo «descastamiento», así como una intolerable europeización de las elites políticas dirigentes, que precipitaron indefectiblemente a la Patria por la senda de una ignominia hasta ese instante desconocida³⁸. La decadencia de la Nación hispana se prolongaría, pues, hasta una fase de intensa aceleración, auspiciada por el advenimiento del régimen democrático de la II República. En torno a este sistema político convergerían múltiples factores de crisis, así como un luctuoso cortejo de nuevos y amenazantes protagonistas que desencadenarían, supuestamente, el inicio de una etapa histórica especialmente hostil. O, si se quiere, de un paréntesis temporal de nefasta memoria, cargado de oprobio y adversidad, y culpable del «marasmo» intolerable y la atonía en la que habrían de consumirse irremediabilmente aquellas «energías patrias» más íntimamente vinculadas a su esencia católica y su destino universal. Como punto final a una secuencia histórica plagada de obstáculos e incorregible declive, la Guerra Civil se erigía en un nuevo hito en la trayectoria ininterrumpida del destino espiritual de la Nación Española. Pues ahora se trataba nuevamente de vencer a las fuerzas del ateísmo, del materialismo y del anticlericalismo, en una última «Cruzada» por el resurgimiento, la revitalización y la restauración de los valores tradicionales e inmortales de la Patria hispana³⁹.

En la labor de columnistas, teóricos, propagandistas y editoriales que colaboraron con mayor o menor asiduidad en las páginas de la prensa derechista durante la Guerra Civil, también proliferaron los móviles teóricos extraídos de la panoplia de razonamientos del ultranacionalismo populista, que reclamaba el rejuvenecimiento de la Nación y su emplazamiento sobre un nuevo orden político que superase el denostado liberalismo⁴⁰. En tal sentido, merece ser des-

³⁸ Cfr. «El destino de España», *Ideal*, 9-VIII-1936.

³⁹ Cfr. Aniceto de Castro Albarrán, *Guerra Santa. El sentido católico del Movimiento Nacional Español*, Burgos, Editorial Española, 1938, págs. 25-26. Cfr. «El destino de España», *Ideal*, 9-VIII-1936. Véase asimismo Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, págs. 290-291. Acerca de la recreación mitificada de un glorioso pasado nacional, a la que recurrieron sistemáticamente los regímenes fascistas, o los autoritarismos «fascistizados», de la Europa de entreguerras para lograr un sentimiento generalizado de profunda y emotiva adhesión a la «Patria», consúltese: Aristotle A. Kallis, «Studying Inter-war Fascism in Epochal and Diachronic Terms: Ideological Production, Political Experience and the Quest for “Consensus”», en *European History Quarterly*, 34 (I) (2004), págs. 9-42, especialmente las págs. 31-32.

⁴⁰ Cfr. Roger Griffin, «Il nucleo palingenetico dell'ideologia del “fascismo gene-

tacada la simbolización empleada por algunos editorialistas a la hora de desentrañar las raíces históricas que habían conducido al desencadenamiento de la Guerra Civil. Para muchos de aquéllos, la Nación Española se había visto inmersa a lo largo de las últimas décadas en un irreversible proceso de descastamiento e irrefrenable declive, acuciada por un enemigo que pretendía debilitar los más firmes lazos que desde antaño habían asegurado su cohesión y su naturaleza más pura. Este proceso degenerativo vendría motivado por la irrupción en el escenario de las ideologías políticas o de los valores éticos y religiosos de toda una pléyade de ideas y propuestas amenazadoras, disolventes y consuntivas. Se trataba, pues, del símil de la Nación enferma y amenazada (o agredida) por un enemigo (externo o interno) o por una variopinta gama de agentes invasores y nocivos que asediarían la unidad y la fortaleza de la Patria, hasta colocarla en una posición de comprometida flaqueza. Para hacer frente a un ataque de tales dimensiones y envergadura se invocaba la necesidad de extirpar los agentes infiltrados (léase el marxismo, el ateísmo, el anticlericalismo, el separatismo, el sentimiento nacionalista o «antiespañolista» de las comunidades y regiones, e incluso el comunismo soviético) y los elementos contaminantes de las esencias raciales sobre las que descansaba la pureza de la Nación. Por todo ello, el «discurso legitimador» del alzamiento rebelde y la Guerra Civil defendía el empleo de una fuerza descomunal, instalada sobre el ejercicio supremo y santificador de la violencia. Es decir, una violencia legitimada por la teórica «grandeza» de la tarea encomendada, y concebida como el instrumento regenerador que propiciaría no solamente la recuperación de la desaparecida vitalidad espiritual y política de la Patria, sino asimismo el aniquilamiento de sus enemigos más odiados y la edificación de un nuevo orden político, moral y espiritual⁴¹.

En tal sentido, el conflicto era interpretado como la suprema reacción de la Nación agredida (e invadida), un intento de salvar aquellos elementos de mayor pureza espiritual (y civilizatoria) que venían siendo considerados como sus ejes vertebrales. La Guerra, pues, se presentaba como el empeño histórico colectivo por devolver a la Patria su menoscabado esencialismo católico y tradicionalista, y la victoria sobre los enemigos se interpretaba como un

rico”», en Alessandro Campi (a cargo de), *Che cos'è il fascismo?*, Roma, Ideazione Editrice, 2003, págs. 97-122. Cfr. asimismo Roger Griffin (ed.), *International fascism: theories, causes and the new consensus*, Londres y Nueva York, Arnold y Oxford University Press, 1998.

⁴¹ Cfr. «España es nuestra», *Ideal*, 14-VIII-1936.

acontecimiento impregnado de energías renovadoras, palingenésicas y milenaristas⁴². De esta manera, la contienda quedaba simbolizada como el crisol de donde emergería una Nueva España, nacida de la abolición del decrepito edificio liberal-parlamentario, y refundada y resucitada gracias a la fusión de las energías provenientes de sus más nobles y ancestrales ideales⁴³. Ante tamaña coacción a los designios de la Patria, y frente a tan desmedido asalto a los principios espirituales sustentadores de la Nación Española, el movimiento liberador y la violenta respuesta frente a los enemigos se convertían en una empresa noble e inexcusable. Una empresa que debería, por fuerza, ser sostenida por un conjunto heterogéneo de grupos sociales y profesionales, unidos en la defensa de su común sentimiento antiizquierdista, antidemocrático y de regeneración nacional⁴⁴.

⁴² En las numerosas figuraciones de la naturaleza del conflicto armado, esencialmente mitificadas, espiritualistas o altamente idealizadas, abundaron las alusiones al carácter épico de la contienda sostenida contra los «enemigos de la Patria», identificando la victoria sobre estos últimos con la inauguración de una nueva era en la Historia de España, teñida de elementos alusivos al inicio de una gloriosa andadura asentada sobre el resurgir de la «Nación Eterna». Se mezclaban, de esta manera, elementos míticos con componentes místicos y casi religiosos, que ayudaban a concebir la Guerra Civil como una auténtica «Cruzada», sobre la que descansaría el renacer de una «nueva nación» firmemente anclada sobre los componentes más puros y esencialistas del pensamiento tradicional. Resulta revelador el siguiente párrafo, aparecido en las páginas del diario granadino «Ideal»: «A la altura a que el valor y la fe españoles han llegado en la gesta gloriosa [se refiere a la Guerra] jamás se elevó pueblo alguno del orbe. Es nuestro timbre de gloria y la carta de presentación para desfilar, de ahora en adelante, por los senderos humanos, recibiendo a nuestro paso el homenaje de justicia que nuestro pueblo merece. Regueros de sangre alumbran la nueva aurora. Pero el sol amanece esplendoroso y de esa sangre y de esa tierra, fecunda por las cenizas de nuevas legiones de mártires y de héroes, brotarán los frutos nuevos, tan vigorosos, tan sanos, tan fecundos que la humanidad volverá a nutrirse de su médula». «Luces y resplandores de la Guerra», *Ideal*, 4-X-1936. Cfr. asimismo «Discurso del Generalísimo Franco ante el micrófono de Radio Nacional», *ABC de Sevilla*, 20-VII-1937; «Granada celebra con esplendor el Día del Alzamiento. Discurso del Sr. Gallego Burín», *Ideal*, 19-VII-1938, y «La Bandera de la Victoria», *Ideal*, 15-VIII-1936.

⁴³ En un «ardoroso» editorial del diario «Ideal» se afirmaba lo siguiente: «[...] Ha sido necesario el tremendo dolor de una guerra para que sobre el pavés internacional se eleve pujante la alcurnia espiritual de España. En el crisol del martirologio se va fundiendo el alma de la nueva Patria española. Y en el yunque del sacrificio y del heroísmo se están vigorizando los músculos de hierro, que han de llevar en triunfo, por ámbitos dispares del mundo, el evangelio de la nueva cruzada hispana [...]». Cfr. «Luces y resplandores de la Guerra», *Ideal*, 4-X-1936, y «La bandera de la victoria», 15-VIII-1936.

⁴⁴ Cfr. «Santiago y ¡Viva España!», *Ideal*, 26-VII-1936 y «Contra quiénes luchamos», 5-VIII-1936.

3.1. *La conmemoración ritualizada y la construcción de nuevas identidades*

La mayor parte de las visiones y reconstrucciones de la Guerra y su significación histórica aparecieron íntimamente ligadas a una ritualización y escenificación casi permanente del «mito de la Nueva España». Se pretendía con ello dotar de plasticidad y vigorizar adecuadamente al conjunto de componentes esencialistas, trascendentales, milenaristas o puramente místicos que vertebraban el discurso movilizador e identificativo empleado por los rebeldes para justificar su proyecto político. Las ideas contenidas en los discursos movilizadores que proliferaron durante el conflicto en el campo rebelde asumían una nueva forma mediante la teatralización de sus componentes estéticos más visibles, llevada a cabo por los nuevos protagonistas del proyecto fascistizado y totalitario que se estaba edificando. Las conmemoraciones del alzamiento militar contra las instituciones y el Estado republicano celebradas durante los años 1937, 1938 y 1939, se erigieron en episodios de fervor y comunión entre la multitud entusiasmada y los representantes militares, civiles y eclesiásticos del Nuevo Estado⁴⁵. Los desfiles callejeros de las milicias falangistas confluían en multitudinarias manifestaciones de fe religiosa y ardor nacional, donde se fundían las formas sacralizadas del culto católico con los signos de una nueva religión laica que exaltaba a la Nación Liberada y proclamaba el regreso del pasado esplendor imperial y católico de la Patria Única⁴⁶. En muchas de estas expresiones de adhesión incondicional a los principios antiliberales, antirrepublicanos y antiizquierdistas que exhumaban los discursos legitimadores del incipiente Estado franquista, la muchedumbre participaba de una suerte de celebración cargada de componentes estéticos, litúrgicos, místicos y casi sagrados. Los citados cultos cívico-religiosos se convirtieron en manifestaciones de exaltación ultranacionalista, cuyos participantes se sentían imbui-

⁴⁵ Cfr. Julián Casanova, *La Iglesia de Franco*, Barcelona, Crítica, 2005, págs. 72-74. Véase también Giuliana di Febo, *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002, págs. 154-155.

⁴⁶ El 18 de julio de 1937, se celebraron actos multitudinarios de carácter cívico-militar-religioso en las más importantes ciudades y poblaciones de la Andalucía Nacionalista, repitiéndose en casi todas ellas un patrón común de actos conmemorativos que congregaron cuantiosísimas multitudes. Cfr. «Toda la España Liberada por el heroico esfuerzo del Ejército celebra con brillantes actos la fecha 18 de julio», *ABC de Sevilla*, 20-VII-1937.

dos de una corriente de vivencias altamente espiritualizadas que reforzaban su convicción de pertenencia a una nueva comunidad nacional cohesionada, aguerrida y viril.

Desde esta particular percepción, se entiende mejor el vigoroso teatralismo de las denominadas «misas de campaña», celebradas en amplios espacios públicos, presididas por monumentales escenarios cargados de insignias y emblemas alusivos a la fusión entre «la cruz y la espada» y dotadas de un espectacular efectismo sensorial y emotivo. Así lo prueban, al menos, las grandilocuentes celebraciones del «III Año Triunfal» que proliferaron el 18 de julio de 1938 tanto por la ciudad de Sevilla⁴⁷ como por los principales núcleos de población y capitales de provincia de la Andalucía «nacionalista»⁴⁸. Su culminación fue la ostentosa conmemoración de la victoria del Ejército rebelde en la Guerra Civil que tuvo lugar en Sevilla el 17 de abril de 1939, en presencia del generalísimo Franco, el general Queipo de Llano, unos sesenta mil hombres uniformados y más de trescientos mil asistentes⁴⁹.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN. LA VIVENCIA EXALTADA DE LA POLÍTICA Y LA ADHESIÓN ENTUSIASTICA AL NUEVO ESTADO

Como se ha sugerido con anterioridad, la Guerra Civil introdujo cambios sustanciales en la economía, la vida política y los comportamientos de los habitantes de los pueblos y ciudades de las comarcas rurales andaluzas que permanecieron leales a las autoridades republicanas. Las transformaciones fueron especialmente significativas en el ámbito de las pautas culturales, ideológicas y materiales que regían las relaciones entre los diferentes grupos sociales, ahondando las profundas divisiones provenientes de la experiencia democrática republicana. Durante los primeros meses del conflicto, la vida cotidiana de innumerables pueblos y núcleos urbanos experimentó una profunda alteración. Los grupos sociales privilegiados, las oligarquías rurales que habían ocupado posiciones destacadas en los puestos del poder local, así como cuantos ha-

⁴⁷ Cfr. Concha Langa Nuño, *Educación y propaganda en la Sevilla de la Guerra Civil*, Sevilla, Biblioteca de Temas Sevillanos, 2001, págs. 51-52.

⁴⁸ Cfr. «España, redimida por Franco, vibró ayer de fervores patrióticos al conmemorar el 18 de julio», *ABC de Sevilla*, 19-VII-1938. «Granada celebra con gran esplendor el Día del Alzamiento», *Ideal*, 19-VII-1938 y Cándido Ortiz de Villanos, *Crónica de Granada en 1938; II-III Año Triunfal*, Granada, Imprenta Urania, 1938, páginas 145-146.

⁴⁹ Cfr. «Unas trescientas mil almas en plena exaltación patriótica», *Ideal*, 18-IV-1939.

bían contribuido tradicionalmente a sostener el edificio de relaciones de dominación y explotación de los ricos propietarios agrícolas sobre los jornaleros y campesinos más pobres comenzaron a padecer una persecución generalizada. Las trágicas convulsiones políticas y sociales del verano de 1936, y la situación revolucionaria que se instauró en casi toda la retaguardia republicana provocaron, incluso, que una multitud de destacados derechistas fuese violentamente exterminada.

En la práctica totalidad de los pueblos de Andalucía donde no triunfó inicialmente el alzamiento militar se registraron numerosos actos revolucionarios, mayoritariamente protagonizados por grupos de jornaleros, o integrantes de los sectores más humildes de la sociedad rural, que perseguían de esta forma la instauración de un nuevo orden económico y político⁵⁰. La Guerra Civil ocasionó, pues, una profunda y violenta transformación de las relaciones sociales en todas aquellas comarcas rurales donde, tras el asentamiento más o menos definitivo de la retaguardia republicana, fracasaron los primeros y titubeantes intentos de involución ultraderechista. Las comarcas mencionadas se extendían, a comienzos del año 1937, una vez estabilizados casi definitivamente los frentes de batalla, por la mitad oriental de la región andaluza. En ellas, durante la primera fase de la guerra, los comités populares fueron los auténticos dueños de una situación que podríamos calificar de revolucionaria. Los órganos mencionados detuvieron a los propietarios derechistas más prominentes, incautaron toda suerte de propiedades rústicas y modestos negocios, llevaron a cabo infinidad de colectivizaciones o consintieron que se infligiesen gravísimos daños al patrimonio eclesiástico. Todos estos actos suscitaron la inquina de cuantos contemplaban, impávidos, el ultraje practicado sobre sus más preciados valores materiales, culturales y morales⁵¹. La quiebra polí-

⁵⁰ Cfr. Francisco Moreno Gómez, *La Guerra Civil en...*, ob. cit., págs. 187-211. Véase asimismo Rafael Gil Bracero, *Guerra Civil en Granada, 1936-1939. Una revolución frustrada y la liquidación de la experiencia republicana de los años treinta*, Tesis Doctoral, Granada, Universidad de Granada, 1995, págs. 121-159.

⁵¹ Los múltiples actos de destrucción, robo e incendio del ajuar de las iglesias, las imágenes religiosas y los centros de culto católico, así como los violentos actos de persecución sufridos por los representantes eclesiásticos en multitud de localidades andaluzas que permanecieron en la retaguardia republicana, han sido descritos por una ingente bibliografía. Véase, al respecto, Nicolás Salas, *Sevilla fue la clave. República, Alzamiento, Guerra Civil, Represiones en ambos bandos (1936-1939)*, Sevilla, Editorial Castillejo, 1997, Tomo II, págs. 517-521 y 548 y sigs. Véanse, también, Vicente Cárcel Ortí, *La gran persecución: España, 1931-1939*, Barcelona, Pla-

tica del Estado republicano durante los primeros meses de la Guerra Civil produjo una situación de abierta persecución y exterminio físico contra todos los representantes políticos de la derecha agraria y el falangismo, así como todos aquellos integrantes de las denominadas «*clases de servicio*» que habían desempeñado un papel tutelar en la defensa de los intereses ideológicos y materiales de la gran patronal y la burguesía rural. La trágica experiencia de la guerra, y el reforzamiento extremo del poder popular y jornalero en los ayuntamientos andaluces de la retaguardia republicana durante el transcurso del período 1936-1939⁵², encolerizó aún más las posiciones contrapuestas que ya sostenían los grandes grupos sociales rurales desde el inicio de la década de los treinta. La presencia de una gran cantidad de jornaleros socialistas, comunistas o anarquistas en los consejos municipales izquierdistas constituidos en la retaguardia «leal», y su alianza con una variopinta gama de sectores populares, hizo posible que muchos ricos patronos agrícolas, e incluso algunos pequeños propietarios y arrendatarios situados bajo su órbita de influencia, se sintieran gravemente dañados en sus intereses materiales, así como intolerablemente agredidos en sus más profundas convicciones éticas o religiosas⁵³. La oleada de persecuciones y expropiaciones descritas, y los perjuicios ocasionados a

neta, 2000 y Antonio Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1961.

⁵² Francisco Cobo Romero: «El control campesino y jornalero de los Ayuntamientos de la Alta Andalucía durante la crisis de los años treinta (1931-1939)», *Hispania*, LIX/1, 201 (1999), págs. 75-96.

⁵³ El alcance de las medidas de expropiación dictadas desde el Instituto de Reforma Agraria —en cumplimiento del decreto de 7 de octubre de 1936 promulgado por el Ministerio de Agricultura, por el que se incautaban las tierras pertenecientes a personas desafectas al régimen republicano o que hubiesen participado en actos de rebeldía contra las legítimas autoridades de la República— fue muy considerable en aquellas comarcas de la provincia de Granada que permanecieron bajo control gubernamental (republicano). En algunos partidos judiciales con predominio de la pequeña propiedad, el total de fincas expropiadas fue cuantiosísimo. En toda la provincia, las pequeñas explotaciones expropiadas alcanzaban una superficie global de 34.505 hectáreas. Consúltense, sobre este particular, Rafael Gil Bracero, *Guerra Civil en Granada...*, ob. cit., págs. 1260 y sigs., y *Revolucionarios sin revolución. Marxistas y anarcosindicalistas en la guerra: Granada-Baza, 1936-1939*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 1998, pág. 326. Según hemos podido averiguar consultando los papeles correspondientes a la Causa General de la provincia de Jaén, en esta demarcación territorial también se efectuaron numerosas expropiaciones contra modestos propietarios o arrendatarios agrícolas. Véanse Francisco Cobo Romero, *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén, 1936-1950*, Jaén, Diputación Provincial, 1994, y Archivo Histórico Nacional (Sección Guerra Civil), Salamanca, *Sección Político-Social, Madrid*.

un buen número de modestos propietarios y arrendatarios por los actos revolucionarios de los comités populares, orientaron definitivamente a una gran parte del campesinado familiar hacia las propuestas de jerarquía, autoridad, armonía social y regreso al viejo orden rural y patronal del naciente régimen franquista.

El transcurso de la guerra, y la actividad incautadora y revolucionaria de las izquierdas, causó daños irreparables en el patrimonio y las posesiones de una miríada de representantes de la patronal y las clases medias. Tales actos lesionaron incluso las modestas explotaciones de un gran número de pequeños propietarios o arrendatarios que habían experimentado un proceso de «derechización» durante el transcurso de la II República⁵⁴, o habían girado hacia la defensa de los ideales de catolicismo paternalista, conservadurismo, respeto a la propiedad privada y aniquilamiento de las izquierdas, defendidas por las derechas fascistizadas⁵⁵. Terminada la Guerra Civil, los patronos fueron restituidos en sus propiedades e intereses una vez implantado el régimen franquista. Pero el enfrentamiento había sido tan dramático que, junto a los ricos patronos de numerosas localidades agrarias, otro importante y heterogéneo conjunto de sectores sociales resultó igualmente dañado en sus intereses, convicciones, vidas y haciendas. En consecuencia, un conjunto multicolor de individuos pertenecientes a numerosos grupos sociales intermedios, paulatinamente politizado en las constantes pugnas de los años treinta, además de severamente castigado por la enorme capacidad reivindicativa de los sectores populares y los jornaleros, acabó identificándose durante el transcurso de la Guerra Civil con las consignas autoritarias o fascistas del bando rebelde. Los más exaltados incluso aceptaron gustosamente formar parte de los nuevos ayuntamientos franquistas, o militar en la miríada de órganos corporativos o sindicales, ocupándose de aplicar hasta en los últimos confines del espacio local las políticas reaccionarias del Nuevo Estado dictatorial.

En aquellas otras comarcas y ciudades prontamente instaladas en la retaguardia «nacionalista» bajo control de las tropas rebeldes, y que se extendían desde los inicios del año 1937 por la mitad occidental de Andalucía, concurren asimismo circunstancias pro-

⁵⁴ Al respecto consúltese Francisco Cobo Romero, «El voto campesino contra la II República. La derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolos jienenses, 1931-1936», *Historia Social*, 37 (2000) (II), 119-142.

⁵⁵ Francisco Cobo Romero, «El marco político y socio-económico de la represión franquista en la provincia de Jaén, 1939-1953», Ponencia presentada al II Curso de Historia Contemporánea de la Universidad de Otoño de Andújar, noviembre de 1996.

picias para la adhesión masiva de extensos colectivos sociales a los postulados antirrepublicanos, autoritarios y tradicionalistas defendidos por la derecha más radicalizada⁵⁶. El exterminio sistemático de los opositores izquierdistas puesto en marcha en las comarcas mencionadas desde las primeras semanas del conflicto⁵⁷, junto a la capacidad de seducción y la energía destilada por las fabulaciones cargadas de nacionalismo ultracatólico y antidemocrático que comenzaron a divulgarse, propiciaron una densa movilización social. Contribuyeron, así, a la proliferación de un abigarrado tropel de extremistas de derecha, dispuestos a dar su vida por el derrocamiento violento del Estado republicano⁵⁸. Solamente así puede entenderse la adscripción masiva y voluntaria de varios miles de ciudadanos corrientes, durante las primeras jornadas del conflicto, a las milicias cívicas, o a los embrionarios órganos paramilitares colocados bajo la égida del Ejército rebelde e inspirados por Falange Española, Comunión Tradicionalista u otras organizaciones de la derecha radicalizada o fascista que prosperaron de manera espectacular durante los primeros meses de la contienda⁵⁹.

⁵⁶ La adhesión «atropellada» a las filas de Falange Española durante los meses inmediatamente posteriores al triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, pero sobre todo durante los primeros meses del conflicto civil de 1936-1939, registrado en algunas comarcas rurales del suroeste andaluz, y muy especialmente en la provincia de Sevilla, prueba el atractivo que debieron ejercer los ideales del falangismo entre amplias capas de la población campesina. Al respecto véase Alfonso Lazo, *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1998, y más recientemente Alfonso Lazo y José Antonio Parejo, «La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla», *Ayer*, 52 (2003), págs. 237-253. Véase asimismo José Antonio Parejo, *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2004, págs. 49-103 y *Las piezas perdidas de la Falange: el Sur de España*, tesis doctoral inédita, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, págs. 123-169.

⁵⁷ Francisco Espinosa Maestre, *La justicia de Queipo...*, ob. cit., págs. 257-260.

⁵⁸ El mes de agosto de 1938, el número de integrantes de la segunda línea de milicias que operaban en la retaguardia nacionalista andaluza ascendía a un total de 44.451 hombres. Véase Francisco Sevillano Calero, *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberon, 2004, págs. 128-129. Consúltese, asimismo, el ya clásico estudio de Rafael Casas de la Vega, *Las milicias nacionales*, Madrid, Editora Nacional, 1977, vol. II, págs. 855-863, vid. especialmente las páginas 860-861.

⁵⁹ La constitución de las milicias de voluntarios «nacionalistas» fue profusamente estudiada por Rafael Casas de la Vega, *Las milicias...*, ob. cit.; y mucho más recientemente por José Semprún, *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la Guerra de España*, Madrid, Actas Editorial, 2004, págs. 164-209. No obstante, las profundas raíces ideológicas y culturales que incitaron a la violencia a extensos y muy heterogéneos colectivos sociales de la retaguardia «nacionalista» durante los primeros meses de la Guerra Civil han sido muy recientemente expuestas por Francisco Sevillano Calero, *Exterminio. El terror...*, ob. cit., págs. 29-43. Véase asimismo Ángel Gollonet Megías y José Morales López, *Rojo y Azul...*, ob. cit., págs. 150-158.

Pues, tal y como prueba el sistemático análisis efectuado sobre un total de casi 3.300 cargos municipales franquistas repartidos por toda Andalucía, y referido a los comportamientos políticos que cada uno de ellos exhibió durante el transcurso de los años treinta, y especialmente durante la Guerra Civil, un elevadísimo porcentaje de todos los casos analizados, situado en torno al 69,12 por cien, adoptó desde el primer instante una actitud de resuelta identificación y respaldo entusiasta hacia los postulados ultranacionalistas o fascistas de las formaciones políticas del bando rebelde⁶⁰.

En el transcurso de tan intensa coyuntura histórica, un colectivo vasto y heterogéneo, integrado por individuos predominantemente jóvenes, accedió, pues, a la manifestación de convicciones políticas teñidas, cada vez más, de una aureola de componentes emocionales, idílicos y espiritualizados. La mayor parte había mostrado una actitud pasiva en el período histórico precedente. Y casi todos habían permaneciendo, bien ajenos a la vida política, bien indiferentes a los discursos de transformación radical de la organización política y el Estado republicano expresados por una fracción de la derecha cada vez más proclive a asumir los principios ideológicos del fascismo. Fue precisamente este denso magma social multicolor, integrado por los componentes de muy diversos grupos sociales intermedios del mundo rural —y en menor medida urbano— andaluz, el que se sintió seducido por las proclamas regeneradoras catapultadas por la espiral de odio, muerte y venganza desatada por la guerra⁶¹. De la misma manera que fue ese segmento multiforme de la sociedad andaluza el que se vio azuzado por las duras controversias políticas y laborales desatadas a lo largo del período republicano y durante el conflicto civil, castigado o perseguido por la radicalización de las izquierdas y los sectores populares y abrumado por la atmósfera generalizada de violencia y muerte que

⁶⁰ Al respecto consúltese Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López, «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, 51 (2005), págs. 49-71, véanse especialmente las págs. 66-67.

⁶¹ Al respecto consúltese Julián Sanz Hoya, *El primer franquismo en Cantabria. Falange, instituciones y personal político (1937-1951)*, tesis doctoral, Santander, Universidad de Cantabria, 2003; Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López, *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2005, págs. 293-299. Más recientemente, destaca la excelente aportación de Miguel Ángel del Arco Blanco, *El primer franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951). Poderes locales, instauración y consolidación del régimen franquista*, tesis doctoral, Granada, Universidad de Granada, 2006, págs. 113-155.

arrasó ambas retaguardias. En torno a los nuevos poderes locales franquistas, y alrededor del círculo de ungidos por los beneficios de la victoria del bando «nacionalista», se agrupó un extenso colectivo integrado por muchos de quienes habían resultado enormemente perjudicados por el avance de las izquierdas, la democracia y la secularización del período anterior. Aun cuando al entramado de centros de decisión y núcleos de influencia que acogía al variopinto conjunto de «los vencedores» se sumaran quienes habían experimentado una derechización, seducidos por la vorágine de exaltadas proclamas de regeneración nacional profusamente difundidas durante la contienda o impelidos por la necesidad de resarcirse de los enormes perjuicios que les habían ocasionado, tanto la intensa conflictividad social del período republicano entre 1931 y 1936, como las acciones revolucionarias de los más exaltados y los jornaleros durante el período de la Guerra Civil. Los numerosos integrantes de aquel colectivo protagonizaron una adhesión incondicional a los ideales «fascistizados» del bando rebelde, sumándose así a las enfervorizadas propuestas de las formaciones políticas e ideológicas agrupadas en defensa del Nuevo Estado franquista. Esta pléyade de recién accedidos a la vida política constituyó, junto a otros muchos convencidos, el soporte sustancial que habría de sostener, instalado en un «*refundado pacto social*» de carácter antirrepublicano y anti-izquierdista, la práctica totalidad de las instituciones y los centros de poder provincial o local sobre los que se edificó el Nuevo Estado franquista en todo el territorio andaluz desde el año 1939 en adelante.